



#### CAPÍTULO XIV

##### LA POESÍA FESTIVA Y LA COMEDIA

Bretón de los Herreros <sup>1</sup>.

**E**L que encontrare monótona la serie de imitaciones que por sí sola llena una buena parte de nuestros haberes literarios en la primera mitad del presente siglo, contemple con atención la original y castiza figura, que ahora se ofrece á nues-

<sup>1</sup> Don Manuel Bretón de los Herreros nació en Quel, provincia de Logroño, el 19 de Diciembre de 1796. De estudiante que era en Madrid se hizo voluntariamente soldado en el último período de la guerra de la Independencia. En un lance personal tuvo la desgracia de perder aquel ojo izquierdo, cuya falta, que prestó á su fisonomía un aspecto característico, le inspiraba, andando el tiempo, algunos de sus más geniales chistes. Sucesivamente le ocuparon la Administración, el periodismo y los cargos de director de la *Gaceta* y de la Biblioteca Nacional, pero sin abandonar su carrera de escritor dramático, que le granjeó las palmas de una gloria eclipsada á veces por la emulación triunfante. Siendo Secretario perpetuo de la Real Academia Española falleció en Madrid el día 8 de Noviembre de 1873. A la edición de sus *Obras*, ordenada por él mismo en 1850, debe sustituir hoy la más reciente (*Madrid, 1883-84*), que comprende su *Teatro* completo en cuatro volúmenes, y uno final de *Poesías y Opúsculos en prosa*.

tro paso, del príncipe de los modernos cómicos españoles, D. Manuel Bretón de los Herreros <sup>1</sup>.

Su vena poética fué más fecunda que variada, y merced acaso á la misma perfección que logra en un género, resulta inhábil para los demás; exclusivismo nada infrecuente, y hasta cierto punto favorable á su reputación. Uno é indeleble es el sello que ostenta cuanto salió de su pluma, así en prosa como en verso, singularmente el conjunto de sus producciones líricas y dramáticas.

Comenzando por las líricas, que coleccionó en 1831, aunque sea de fecha anterior la representación de *A la vejez viruelas*, no desmiente Bretón en aquel reducido volumen sus inclinaciones por el tono festivo y maleante, que á la larga llegó á convertirse en verdadera necesidad de su temperamento. Así y todo, cayó en la tentación de hacer odas, no con los bríos de Quintana ó Gallego, sino con aspiraciones harto más humildes, y escribió igualmente letrillas y anacreónticas acercándose á Iglesias y Meléndez, en las cuales apunta el fácil y donairoso versificador, ya cante los primores de su beldad, ya sueñe dichas ó llore desdenes, ya desahogue su humor cáustico y festivo. El mérito en ellas

<sup>1</sup> Imposible pasar adelante sin hacer mención honrosísima de dos trabajos recientes consagrados por el autor de *Doña María de Molina* á su amigo inseparable. Figura el primero y más breve en los *Autores dramáticos contemporáneos*, y el otro, mucho más extenso, forma el libro rotulado *Bretón de los Herreros: Recuerdos de su vida y de sus obras, escritos por el Marqués de Molins en virtud de acuerdo de la Real Academia Española y publicados por orden y á expensas de esta Corporación. Madrid, imprenta y fundición de M. Tello, 1883.*

Su misma perfección me impide hacer este capítulo tan original y extenso como yo desearía: tal cual diferencia en algún juicio parcial, tal cual noticia escapada á la memoria, no al conocimiento del biógrafo, será lo que pueda añadir de mi parte. Todo elogio me parece exiguo en comparación con la excelencia de la obra mencionada, honra del autor y de la Academia. Datos biográficos, apreciaciones artísticas, combinación agradable de unos y otras, estilo á la vez culto y desembarazado, cierta belleza, en fin, que se resiste al análisis, todo eso encontrará el lector en el estudio á que me refiero y que me sirve de guía.



es más de forma que de fondo; y si en alas de la rima, que aquí verdaderamente cumple con el oficio de *inspiratrize*, da con un pensamiento feliz ó lo expone de una manera inusitada, jamás excede de la categoría de imitador, y no muy afortunado.

Tras las incoloras poesías de 1831 vienen las que insertó en *El Universal*, *La Abeja* y otros periódicos, en su mayor parte moderados. Quizá hubo de forzar un tanto su musa, naturalmente ligera y retozona, para plegarla á las exigencias de la política; pero al cabo lo hizo y defendió sus teorías un poco elásticas, en que se suceden casi todos los matices desde el más tímido hasta el más abiertamente revolucionario. Los curas y los frailes, el carlismo y sus vicisitudes durante la primera guerra civil, son los que hacen el gasto, desfigurados siempre por supuesto, y en forma de grotesca caricatura. Ora se divierte Bretón á su modo con la Santa Alianza y los frustrados proyectos que atribuye á D. Carlos, ora pone de relieve las brutalidades de los partidos exaltados con más risa que indignación, ora, por fin, hace desfilar en una *Letrilla joco-fúnebre* al antiguo régimen, al despotismo ilustrado, y al *Oficio pseudo santo* de la Inquisición, llegando ¡increíble parece! hasta ensañarse con los inocentes religiosos, cuando tan fresca estaba en la memoria de todos la infame hecatombe del año 35. Abarcando de una ojeada estas letrillas, dice el Marqués de Molins: «Otros pusieron sus poesías, buenas ó malas, al servicio de la política: Bretón puso la política, como toda su vida, al servicio de la poesía. Las letrillas *Polignac*, *El protocolo*, el *Tran, tran*, y otras infinitas, están manifestando que no tanto eran para él tesis de doctrina como *problemas de rítmica* <sup>1</sup>.»

Para entonces, y aun algunos años antes, ya había compuesto un buen número de sátiras *contra el furor*

<sup>1</sup> *Memorias*, etc., cap. XIX, pág. 184.

*filarmónico*, *contra los hombres en defensa de las mujeres*, y otras con diversos fines. En general, denuncian al principiante por lo confuso, desigual y aun prosaico de sus estrofas, que además parecen en ocasiones fragmentos de una epístola moral. Al combatir el furor filarmónico, tan sobreexcitado en el público de Madrid desde que en 1825 le visitó una compañía de ópera italiana, armó Bretón grande algazara; no así con la defensa de las mujeres, insípida, trivial é indigna de su pluma, á despecho de algunos rasgos felices.

Después de pasar por la gimnasia de los versos cortos en sus numerosas comedias, produjo Bretón la admirable sátira (en forma de epístola á Ventura de la Vega) contra las costumbres del siglo XIX, justísimamente premiada por el Liceo de Madrid en público certamen. Las frases picantes, las descripciones ingeniosas, los epigramáticos conceptillos de que está llena, han llegado á hacerse populares, y pocos aficionados á la literatura dejarán de saber sus primeros tercetos; pocos habrán contenido la carcajada registrando aquella galería de caricaturas que comienza en el presumido politicastro de café y en el intonso poetilla, y remata en los escritores al por mayor, cuyos papeles sirven

para envolver los dátiles y el queso;

en los siervos del agiotaje y en la turba multa de economistas soñadores. Todo ello como por diversión y juguete, como si se hubiese propuesto demostrar una tesis contraria á la que defiende; pues él, tan insuperable conocedor de la forma poética como indiestro artífice de encumbradas filosofías, no codició el puesto de Juvenal, ni siquiera el de Boileau y Quevedo, sino que se contenta con hacer asomar la risa á los labios, siéndole indiferentes todos los medios de conseguirlo. Su vena satírica es en sumo grado inocente, y aun por eso perdona á los grandes criminales para habérselas con los pigmeos del vicio. Nunca



volvió á estar tan inspirado Bretón como al trazar la semblanza del siglo XIX, ni aun en la chispeante *Epístola* contra *La manía de viajar*, sellada con el mismo estilo que la anterior.

Juzgar todas sus composiciones sueltas, sería proceder en infinito; baste decir que las menos felices, las trazadas al correr de la pluma, conservan rastros de su gloriosa filiación, y que las demás pueden estimarse por modelos <sup>1</sup>. Las dotes de Bretón para versificar no tuvieron nunca ni tienen hoy semejante; y hasta tal grado formaban en él segunda naturaleza, que, no contento con los primores de sus comedias y sátiras, escribió un poema de grandes dimensiones y en octavas reales (*La desvergüenza*), cuyo objeto primario no parece otro que el superar dificultades rítmicas <sup>2</sup>, y que señala el punto máximo de la facilidad bretoniana, convirtiéndose ya en viciosa monomanía.

La verdadera gloria de Bretón, por la que es y será conocido mientras duren el buen gusto y la lengua castellana, está en sus obras dramáticas. La primera de todas nació espontáneamente al calor de una tendencia irresistible, dirigida y fomentada por la lectura de Moratín, con la que empezó á desenvolverse la aún *no desbrozada* imaginación del más eminente

<sup>1</sup> No será inoportuno recordar el epigrama que escribió contra el Doctor Mata. Incomodado éste por la frecuencia con que los amigos de Bretón solían confundir las puertas de las habitaciones donde vivían respectivamente el poeta y el médico, puso á la entrada de las suyas el siguiente aviso:

En esta mi habitación  
no vive ningún Bretón.

El amor propio del gran satírico le sugirió al punto la picante redondilla, que poco después cundía por todo Madrid:

Hay en esta vecindad  
cierto médico poeta  
que al fin de cada receta  
pone: *Mata*, y es verdad.

<sup>2</sup> Algo parecido cabe decir de los romances que forman el poema joco-serio *La vida del hombre*.

de sus discípulos. *A la vejez viruelas*, representada en 1824, está en prosa: anomalía notable en Bretón, que prosiguió dando al teatro *Lujo é indigencia* y *Los dos sobrinos*, dedicándose luego á traducir y arreglar, visto el escasísimo lucro que le reportaban sus obras originales. *Andrómaca*, *Mitridates*, *Doña Inés de Castro*, *Dido* y *Antígona*, son los nombres de otras tantas tragedias refundidas por Bretón con laboriosidad más provechosa para su exhausto bolsillo que á la Literatura; trabajos todos *de pane lucrando* en que invirtió un tiempo muy precioso, aun cuando sirviesen de ejercicio preliminar á los futuros esplendores de su musa cómica.

Muy vivos aparecen ya en la deliciosa pieza *A Madrid me vuelvo*, representada en 1828, cuatro años después de *A la vejez viruelas*, y que debe contarse entre las comedias de figurón por lo recargado de muchas escenas que frisan con el sainete. Allí el alcalde de monterilla en D. Baltasar, allí el aldeano inculto y feroz en D. Esteban, allí el presumido fiel de fechos en D. Abundio, segunda edición no corregida, sólo aumentada, de D. Hermógenes; y formando contraste como el D. Pedro y la Mariquita de *La comedia nueva*, el sesudo y grave D. Bernardo, y su protegida sobrina la infeliz Carmen, objeto de brutales caprichos y rabotadas por parte de su padre y del aborrecido pretendiente. El corte de *A Madrid me vuelvo* es moratiniano puro, no sólo por la exageración cómica, sino también, en mi juicio, por su sentido moral; pues al combatir la preocupación (no muy ridícula) de ser la vida de las aldeas un trasunto del Edén adonde no llega la sombra de la infelicidad, va además el argumento contra la imposición paterna en los negocios matrimoniales, y en pro de la razonable independencia, necesaria para que *el sí de las niñas* no degeneren en mueca informal é hipócrita simulación. Todo esto, que tiene sus más y sus menos de



verdad positiva y de conveniencia, y que informa todo el teatro moratiniano hasta fastidiar con su monotonía, se transparenta en *A Madrid me vuelvo* y le da un interés muy superior al que indica semejante título. Repárese en que Moratín fué constantemente el modelo del gran cómico, y mucho más en esta época de su vida, cuando, según dice él mismo, comenzó á tenerle *una afición casi supersticiosa*.

*El rival de sí mismo*, *El ingenuo*, *La falsa ilustración*, comedias originales, con otras sin cuento traídas del francés al castellano, entretenían al creador de *A Madrid me vuelvo*, que pareció olvidarse de sí mismo hasta cuando tres años después (30 de Diciembre de 1831) apareció en las tablas *Marcela*, la hija más estimada, aunque no la más hermosa, de su ingenio.

Harto le habían detenido los acicalados romances, y justamente pugnaba por romper tan estrechos moldes para espaciarse con holgura por donde lo anhelaba su sed hidrópica de rimas y consonantes. La variedad de las unas y el uso de los otros en la comedia, era indicio de atrevimiento por aquellos días, en que el estragado gusto del público y la dictadura de censores necios vedaban como punible licencia la más ligera modificación en las formas poéticas sancionadas por el capricho. No ha de estimarse *Marcela* como el ensayo absolutamente primero, pero sí como verdaderamente decisivo, y cuya perfección equivalía á un triunfo anticipado. Pocas veces volvió á lucir Bretón tanta gala rítmica, con ser éste su distintivo constante; pocas veces prestó al diálogo tanta vivacidad y galanura. ¡Con qué libertad fluyen las redondillas, uniendo la suave armonía del verso con el desbarrazo de la prosa! ¡qué decir de los romances, comenzando por los de más fácil estructura, y concluyendo por los más raros y difíciles! Lope de Vega, Calderón y Moreto parecían resucitar de sus cenizas, alentando al continuador de su olvidado teatro; y

Moratín, que no lo fué por sobra de miedo y no por falta de dotes y convicción, hubiese aplaudido los versos de *Marcela*<sup>1</sup>.

A la verdad, valen ellos tanto como el argumento, endeble y de vulgar contextura, como los que solía idear nuestro poeta. Si se reduce á términos precisos, apenas se le encontrará digno de atención, porque, en puridad, nada significa la negativa de una viuda joven á las impertinentes propuestas de matrimonio que le hacen los tres amantes. La *Marcela* es un cuadro de costumbres dialogado y en verso, sin más contenido ni más filosofía.

Pero bajo ese respecto las figuras están maravillosamente perfiladas, conservan siempre su carácter, y se graban en la memoria como si las hubiésemos visto y tratado. La protagonista, cuyo papel desempeñó admirablemente la Concepción Rodríguez, representa el claro obscuro de la obra, y es el único personaje no cómico; pues en tanto grado lo son todos los restantes, exceptuando quizá á Juliana, que no sabemos á cuál elegir, temerosos de conceder injustamente la primacía. Allí aparece *bloqueada* (como dice D. Agapito) la risueña viuda por *un poeta misántropo y calenturiento*, que siente ahogarse la voz en la garganta cuando intenta manifestar su propósito; *por un militar atolondrado y hablador*, que sólo co-

<sup>1</sup> No contentándose Bretón con la práctica, demostró al entrar en la Academia Española (15 de Junio de 1837) la preferencia que, en su concepto, se debía dar al verso sobre la prosa en las comedias, y de todas las especies de verso, á la redondilla sobre los romances. Sus observaciones, que hoy en día nos parecen vulgares, no lo eran tanto cuando él pronunció su discurso, del cual sólo entresacaré la siguiente confesión en causa propia: «Yo mismo, dice, si me es lícito recordar imperfectos trabajos, he pagado más de una vez tributo á la costumbre establecida (*de emplear los romances con exclusión de los demás metros*); pero confieso que estoy algo pesaroso de mi docilidad, y mi pesar no es obra del capricho, sino del convencimiento.»



noce el lenguaje rudo de la milicia, y por un paseante aficionado al amor y á los caramelos <sup>1</sup>.

Contra lo que opina el biógrafo de Bretón, yo no veo en tales caricaturas el arte de las medias tintas, sino, al contrario, la recargada exageración de cualidades y defectos, que se notará mejor comparándola con la sobriedad de Vega en *El hombre de mundo*, por no hablar de Ayala y Tamayo. Y esto no sólo debe entenderse de *Marcela*, sino de todas sus hermanas menores, por haber expuesto allí su padre común un programa de que nunca se apartó conscientemente, á despecho de las vicisitudes y mudanzas de la opinión pública. Dígase lo mismo de la riquísima vestimenta, toda de oro y diamantes, con que á contar desde este momento vistió á los más fugitivos rasgos de su pluma.

Tales dotes están contrastadas en *Marcela* por la poca profundidad de que ya nos hemos ocupado en el cargo, y que, con todo, vuelve á notar en el capítulo ó seis reproducciones de la misma idea, como *Un novio para la niña ó la casa de la madre*, *Todo es farsa en este mundo* y *Un tercero en complot*; menos exactas otras como *Un novio á poca boca*, y alguna más; indicio claro de que la fecundidad asombrosa de Bretón para desenvolver un argumento en muchas comedias estaba en proporción con su ineptitud para discurrirlos nuevos, originales y enredados. Parece mentira que, siendo tan pobre el de *Marcela*, pudiese dar tanto de sí, y aun lo parece más que su inventor, conociéndolo como lo conocía, se desentendiese de sus propias reflexiones y de las que justísimamente le hicieron muchos críticos, con Larra á la cabeza. Justísimamente, porque si el poeta se ofendió de las

<sup>1</sup> De público se dijo que había querido retratar Bretón al actual Conde de Cheste en el poeta, á D. Patricio de la Escosura en el militar, y en último término á D. Andrés Avelino Clemencín. (*Bretón de los Herreros*, etc., cap. XI.)

frases de éste, tan repetidas como exactas, no tuvo razón para ello, y así se ve al considerarlas en relación con el contexto. «El autor (decía Larra hablando de *Un novio para la niña*) se deja llevar de su facilidad: en ésta no le conocemos rival, así como tampoco en el chiste y agudeza; sus descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno de gracias y de viveza. La versificación es un modelo; pero donde se prueba cuánto puede el ingenio, es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes repitiéndose á sí mismo. Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres, forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho, sin embargo, con él tres dramas diferentes <sup>1</sup>.» Por mucho que lo procure yo no acierto á descubrir sentido irónico en estas palabras, y sólo me suenan á elogio, aunque merecido, ni más ni menos que la censura adjunta.

<sup>1</sup> *Revista Española*, 1.º de Abril de 1834. Y sin embargo, Larra tenía razones para estar algo resentido de Bretón, que tan duramente había censurado su comedia *No más mostrador*. Un año después se representaba la de Bretón titulada *Me voy de Madrid*, en cuyo protagonista creyeron ver los maliciosos retratado á *Figaro*, y desde entonces aumentó la tirantez en las relaciones de entrambos, terminada en un banquete dispuesto por el Marqués de Molins, aunque otros aseguran que por el empresario Grimaldi. Al decir Ventura de la Vega, en una quintilla improvisada,

.....  
 Todo rencor se deseche,  
 El vate es del vate hermano;  
 Si hay quien alargue una mano,  
 Yo sé que habrá quien la estreche,

tendió Larra la suya á Bretón, que dió fin á la discordia, dirigiéndole estos otros versos:

No aguardaré á que comiences.  
 Quédese el furor odioso  
 Para enemigos vascuences;  
 Yo te vencí rencoroso,  
 Tú generoso me vences.